

XII

El viejo Lourdes carece de fausto; aquí estamos en la pequeña ciudad de provincia, adornada de una alcaldía, de una audiencia, y de una plaza de buen tamaño hermoseedada por una fuente. No bien llueve, ya está uno amasando barro con los pies; si sale el sol, nos tostamos, nos asamos. Tan pronto como cesa la época de las peregrinaciones, reaparece aquí la paz de las antiguas villas sin pretensiones, únicamente interrumpida por el bullicio de los días de feria. Entonces parece la plaza un campo de boinas azules y de capuchas negras; los campesinos de los alrededores traen, para venderlos, buyecillos con astas de gran tamaño; vaquillas no ordeñadas aún, y cuyos duros pezones son enormes; carneros, cerdos blancos, manchados de negro, que parecen ya trufados; cabras y desdichados cabritos, tirados como muertos, en el suelo, con las cuatro patas atadas; y, alrededor de todos esos

animales, mujeres ofrecen, en cestas que descansan en el suelo, cebollas de España, sonrosadas y veteadas de manchas de color de vino tinto, sartas de ajos, quesos redondos, cuya pasta es una masa pegajosa protegida por una corteza sucia; carnes, alpargatas, telas con largo pelo, quincalla, limones, y la feísima alfarería de estos lugares, con vientre de color de chocolate surcado por chorreones de amarillo claro; hay de todo: objetos de devoción á diez céntimos el puñado, y hogazas de pan blanco, delicia de los montañeses, que sólo pan morenísimo suelen comer.

Y, en medio del mugido de las vacas, del baido de las ovejas y del gruñido de los cerdos, toda esa gente grita en su jerga, con un palo en la mano, se sienta á la puerta de las tabernas, se llama; los viejos, con su cara dura, su nariz acarnerada, unida á la boca por arrugas que parecen hechas á sablazos; los jóvenes, con caras de ruidosos reclutas. Salvo rarísimas excepciones, todos los viejos están afeitados, y todos los jóvenes llevan bigote; todos tienen boina, chaleco de punto, capa con capucha; como calzado, los viejos, sobre todo, llevan increíbles zuecos cuya punta, encorvada, se yergue cual proa de galera, cual hoja de yatagán.

Esta raza parece haber conservado algo de su salvajismo primitivo; se la ve aún bestial y altiva; dura, casi cruel para con los animales, úni-

camente civilizada por las necesidades de las compras y de las ventas; se la nota valiente y tenaz, pero también batalladora. Cierto que si, bajo el ministerio de Combes, se hubiese, como lo pedían los diputados del Bloc, prohibido las peregrinaciones y cerrado la gruta, todos estos cazadores de jabalíes habrían peleado á tiros en el monte. La Virgen hubiese salido gananciosa; pero lo supo el Iscariote moderno y no dió tal orden.

Hoy no es día de mercado en el antiguo Lourdes, pero está, sin embargo, atestado de gente, pues en las calles abundan peregrinos que se paran delante de las tiendas de objetos de devoción en donde se lee el nombre de los Soubirous, y letreros anuncian que el dueño de la tienda es hermano ó pariente de Bernadette; la familia enarbola, cual pabellón de comercio, el nombre de la vidente. En una callejuela se visita el molino en que vivieron sus padres. A imitación de las casas que han llegado á ser piadosamente históricas, dicha casa está decorada de algunos retratos de la heroína y de imágenes religiosas más ó menos feas. Casa, no es la palabra; mejor dicho está: choza, ó á lo sumo casucha; la amueblan pobres utensilios caseros y la cama de Bernadette, rodeada de una reja, para preservarla contra los fanáticos que habían principiado á sacarle astillas, para hacer con ellas reliquias.

Y esto es todo lo que queda, aquí, de la santa joven cuyas revelaciones han transformado este rincón, desconocido antes, en una ciudad célebre en el mundo entero.

Al entrar en ese cuarto, sucio y obscuro, apenas barrido, le parece á uno entrar en una tumba abandonada, sin una corona, sin una flor, en un cementerio donde ya no se entierra; y no se puede menos de vituperar el olvidadizo egoísmo de este Lourdes que se ha rejuvenecido desde las apariciones de la Virgen á su hija; y sobre todo desde que, merced á la pobre muchacha, olas humanas acuden á este lugar. Para hablar con propiedad, de pueblo se ha vuelto ciudad. Escaparates de tiendas de lujo, de todas clases, han sustituido las plantas bajas de las calles, en donde, al pasar, se veían viejas con gafas, trabajando junto á una ventana. Los campesinos son ahora fondistas y vendedores de cirios, y sus mujeres se han transformado en señoras que ostentan en días de fiesta trajes chillones y costosos. Viven á sus anchas y realizarían, sin gran trabajo, crecidas fortunas, si el afán de aparentar y la creencia de que siempre habrá aquí peregrinos no les incitara á gastar más de lo que ganan.

Si mañana se marchara la Virgen de la gruta, todos los que han levantado fondas suntuosas quedarían aplastados bajo el peso de sus deudas; serían embargadas las prenderías de

objetos de devoción y sobrevendría la quiebra general de Lourdes.

En cuanto á la verdadera devoción de tales gentes, sería menester, para juzgarla á fondo, que no produjera oro ninguno. Un dicho de uno que ha vivido entre ellos y que los conoce á fondo, puede resumirla: «Aquí, el qué dirán se manifiesta al revés que en los demás sitios.» En París, hombres, por miedo á ser vistos, se ocultan para cumplir con la Iglesia en tiempo pascual; en Lourdes ocurre todo lo contrario; los hombres comulgan ostensiblemente, para no llamar la atención, y ya, por supuesto, no vuelven á poner los pies en la iglesia. Temo que esa devoción sea una devoción mercantil, necesaria para vender las chucherías que llenan las tiendas; es, en todo caso, un anzuelo para el comprador.

Antes, cuando venía yo á la ciudad, iba á la antigua iglesia de Saint-Pierre, que era una iglesia de campo, deliciosa. Imagínese el lector un edificio románico, mejor ó peor reparado, pero conservando aún, en algunas de sus partes, el sello del siglo XIII; poseía antiguas maderas policromadas interesantes; entre ellas una Nuestra Señora del Carmen dando un escapulario á san Simón Stok, y sobre todo una diminuta Virgen, sonriente, con ojos asombrados y cara arrebatada: ¡por una vez siquiera veía uno en Lourdes una Madona que no era nueva, y podía mirar paredes que no eran blancas!

Muy silenciosa, apenas alumbrada, muy íntima, estaba casi vacía durante la semana, y resultaba un amable rincón al salir uno del tremendo barullo del nuevo Lourdes. — Las escasas mujeres que rezaban frente al Santísimo permanecían inmóviles sobre sus sillas, sin charlar. Ni un ruido se oía. ¡Qué diferencia entre esta piedad profunda, lo bastante segura de sí misma para no alterarse, y ese furor frenético de la Basílica y del Rosario! Parecía como que en María misma influían aquella atmósfera tranquilizadora, aquellas oraciones dichas sin prisa, aquellas plácidas súplicas. Tenía uno la vaga sensación de que, en vez de permanecer en pie para recibir á sus invitados como en las demás iglesias de la ciudad, aquí se sentaba Ella, por estar más á sus anchas, más en familia, más tranquila. Aquí podía uno tener con Ella una dulce y larga conversación, en medio del silencio y de la sombra.

El domingo, la nave se llenaba para la misa mayor. Pocos hombres, pero muchas mujeres y jóvenes, que, con sus vestidos y sus capuchas negras, sugerían la inmediata visión de monjas rezando en una antigua capilla de claustro; y, en aquel pobre santuario de pueblo, el servicio divino resultaba casi lujoso. Había muchos monaguillos, bien vestidos y con solideo morados, un suizo, buen mozo, vestido de encarnado, una capilla de niños montañeses y de algunos

chantres que con sus voces metálicas cantaban el canto llano.

Solía yo refugiarme allí, feliz de poder leer la misa en paz y de no oír canciones de café concierto.

Aquella iglesia ya no existe; los Vándalos la han tirado, para sustituirla, algo más lejos, con una especie de catedral que es, respecto del románico, lo que la Basílica respecto del gótico, es decir, una maravilla de fealdad, una náusea de arte.

¡Derribar una antigua iglesia, patinada por siglos de oraciones, llena del recuerdo de Bernadette, para levantar en su lugar un monumento que quiere luchar con la Basílica, á fuerza de ventanales infames y de oropel, qué aberración! Y, realmente, triunfa sin gran trabajo, con su arquitectura de picapedrero y su pesada y obtusa nave, á cuyo final se alza un voluminoso altar cuyos diferentes mármoles semejan un surtido de salchichería, todo ello dominado por un enorme baldaquín de cartón y de madera dorados. Parece aquello la escena de un teatro Guinól. ¡Oh qué zulu el que inventó semejantes represalias! para completar su obra le pareció necesario añadir todavía un poco de oro al cegador conjunto de tales adornijos, y, después de sin duda largas cavilaciones, se decidió á tender cadenas doradas delante de las capillas. ¿Qué tal os parece el individuo? ¿Es para el culto de

algún necio adinerado ó para el culto de un Dios que semejante templo ha sido instaurado?

En cuanto á las estatuas de madera, inútil decir que han desaparecido; los deplorables talleres del barrio de Saint-Sulpice, de París, contaminan con sus odiosos productos todos los altares.

¡Ah la nueva iglesia, edificada expresamente para hacerle la contra á la basílica, para levantar altar contra altar, según la propia expresión del cardenal Langenieux! Evoca por sí sola todos los episodios de la historia de Lourdes, las subterráneas batallas libradas entre dos campos: el del cura Peyramale y del viejo Lourdes, manejado bajo cuerda por el señor Lasserre, y el de los obispos de Tarbes y de los Padres de Garaison.

Sin querer remover el rescoldo de los odios que aún existen en los dos partidos, voy, sin embargo, á explicar cómo monseñor Peyramale, que era cura de Lourdes cuando las Apariciones, ha, por interés pecuniario, en provecho de su parroquia, y también por despecho, al ver que su curato quedaba privado de los beneficios de la Gruta, matado, alegremente, su antigua iglesia.

Monseñor Peyramale era una excelente persona y un buen sacerdote, pero era un palurdo, de carácter entero y áspero, y, además, una especie de megalomano y de enredador. Y justamente hacía falta un hombre entendido en nego-

cios, un espíritu claro, y, también, un temperamento más flexible que el suyo, para poner en pie la gigantesca empresa de Lourdes. Con él, todo se hubiera estancado. Su obispo, monseñor Laurence, lo comprendió, y acudió al Padre Sempé, en quien existían las condiciones de habilidad y de prudencia que le parecían indispensables para asegurar el éxito de la obra. Confinó pues á Peyramale en su curato y puso al Padre Sempé á la cabeza de los misioneros de Garaisón, á quienes llamó á Lourdes, á fin de organizar el servicio de las misas, de las confesiones, de los sermones, á fin de dirigir las procesiones y de hospitalizar á los peregrinos cuyo número iba en aumento, en una ciudad que sólo era entonces una aldea, un rincón perdido.

Además, por mucha que fuera su buena voluntad, no podía Peyramale, con ayuda de tres vicarios, encargarse de semejante tarea; y muy probable es que si aquellos misioneros, mandados por el Padre Sempé, lo hubiesen sido por Peyramale, no se le habría ocurrido quejarse, pues no podía negar que fuera necesario tal refuerzo; pero, despechado por haber sido postergado; herido por haber sido, brutalmente, hay que confesarlo, desposeído, estando enfermo y en cama, de la basílica que él había levantado encima de la gruta; mal consolado por el título de Monseñor que, á instancias de su obispo, le confirió una prelatura romana, se resolvió, á pesar

de no haberlo pedido la Virgen, á erigir otra basílica, en la ciudad misma.

Había que encontrar un pretexto. Hizo valer, primero, la insuficiencia de su iglesia, que le parecía demasiado fea para luchar con la de la Gruta; y luego imaginó esta pesada broma: que el mensaje de la Virgen á Bernadette significaba lo siguiente: que las peregrinaciones, en vez de ir directamente desde el ferrocarril á la fuente, habían de salir de la iglesia del pueblo, de la iglesia de él, para ir en procesión á la Basílica y para, desde allí, volver de nuevo á su iglesia.

En su periódico « El Eco de los Peregrinos », su consejero y amigo Lasserre exageraba aún semejantes interpretaciones un tanto fantásticas, declarando que « no es la gruta, la que ha de ser el centro de la peregrinación, sino el antiguo Lourdes; que la Virgen es invocada bajo el nombre de Nuestra Señora de Lourdes y no bajo el de Nuestra Señora de la Gruta; que la iglesia del pueblo debe ser la primera y la última estación de la peregrinación. »

Como es de suponer, este proyecto fué sostenido por el antiguo Lourdes, pues así habría podido saquear doblemente á los peregrinos: á su llegada y á su regreso.

El pobre cura, que padecía la manía de las grandezas, se metió en construcciones costosísimas; contrajo deudas enormes, y, al morir, en

8 de septiembre de 1877, necesitaron años y años los obispos de Tarbes para liquidar la situación, que fué causa de varios pleitos.

Por estas muestras puede juzgarse de lo que dicho buen señor hubiera hecho, de tener á su disposición los bienes de la gruta.

De todo esto resulta, á mi juicio, que la idea de edificar, lejos del lugar de las Apariciones, lejos de la fuente, lejos de la explanada y de los refugios, una basílica que de ningún interés ni de ninguna utilidad podía ser para los peregrinos, hubiera sido una idea resueltamente absurda, si no tuviera por fin el mayor provecho de los fondistas y de los vendedores de rosarios del viejo Lourdes, al mismo tiempo que el erigir un monumento rival frente á otro monumento.

Añado que ningún motivo serio justificaba la destrucción de aquella vieja y deliciosa iglesia, pues era muy suficiente, dijera lo que dijera Peyramale, para contener todo su rebaño. Yo mismo lo he comprobado, en domingo: allí cabía todo el pueblo. Si necesitaba el cura un anejo, una capilla para catecismo, fácil le hubiera sido construir una, barata, en el terreno mismo en que se arrellana hoy la nueva basílica; si, finalmente, estaba muy deteriorada, pues que la hubiese hecho reparar y consolidar por un arquitecto entendido: la cosa era muy posible.

Y cuando se piensa que debemos semejante hazaña de salvajes á las rivalidades de Peyra-

male y de Sempé, no se puede menos de deplorar el exclusivismo que ambos clérigos padecían, y que es, preciso es confesarlo, la manera de ser de todo el clero de los Pirineos: ninguno de aquellos curas puede tolerar á su lado ninguna influencia, ninguna obra extrañas.

Lo que también es cierto es que, tanto Peyramale como Sempé, profesaban una estética de seres selváticos: en esto sí que estaban de acuerdo. Gloria de uno es la Basílica y la nueva iglesia; gloria del otro es el Rosario. ¡Ah qué par de genios de la arquitectura! Tanto vale el uno como el otro...

Ahora, para hablar del tiempo moderno, no creo justos los reproches que Zola dirige á los Padres de la Gruta en el libro suyo, en donde ha recogido todas las quejas que ya Lasserre había desleído contra ellos, tanto en artículos como en novelas.

Como lo explica muy claramente, y con pruebas, el abate Moniquet en dos tomos: « El Caso de M. Lasserre » y « Los Orígenes de Nuestra Señora de Lourdes », no consiguió Lasserre, cual lo deseaba, « imponer su persona y su libro » á los obispos de Tarbes y á los Padres de Garaisón; semejante fracaso le inspiró un rencor que permite sospechar de la equidad de sus juicios, y hasta de la lealtad de sus relatos.

Pero hablemos de los hechos incriminados. ¿ Son ricos los misioneros de Lourdes? ¿ Venden

agua y cirios? Sí; esto, nadie puede negarlo. — No se lo alabo, ni á ellos ni á sus sucesores. — Pero, así sentada la cuestión, otra queda por resolver : la de saber en qué emplean el dinero así ganado.

Muy evidente resulta que si las entradas son colosales, no lo son menos las necesidades. Hay que recordar que todo es gratuito en las dependencias de la gruta. Para evitar en lo posible la simonía, no quiso el Padre Sempé que tuvieran los sacerdotes que pagar sus misas, cual ocurre en las demás peregrinaciones; y si se piensa que esas misas alcanzan una cifra de cientos de miles cada año; si se calcula lo que pueden costar los paños, el vino, las hostias para los celebrantes y para los fieles, que á veces consumen hasta 140.000 al mes; si se tiene en cuenta la suciedad y el descuido de muchos eclesiásticos, que manchan y desgarran ornamentos que luego hay que reparar ó reponer, se llega á cantidades que asustan. Recuérdese también que nada producen las sillas en Lourdes, que baños y piscinas son gratuitos; ténganse presentes los gigantescos gastos necesitados para el sostenimiento de las iglesias, de las capillas (canto), de la explanada, de los jardines, de la clínica, de los refugios; los gastos del personal doméstico, de las monjas encargadas del lavado de la ropa, del alumbrado eléctrico, que arde noche y día; la hospitalidad ofrecida á los obispos y á los directores de pere-

grinaciones, las limosnas, todo...; y, si se establecieran cuentas, pronto se vería, sin duda, que las colectas, los dones, las ofrendas voluntarias que afluyen de todas partes, serían insuficientes para hacer frente á tales gastos, si la venta del agua, enviada fuera, y la de los cirios, tomados en la ciudad misma, no viniese á colmar el déficit, y hasta á dejar un sobrante.

En suma, los Padres no se han reservado más que un monopolio : el del agua expedida en botellas, frascos, cajas. Por lo demás, aquí, en Lourdes, cada cual puede tomar cuanta quiera y hacer acopio de cuanta le dé la gana, sin desembolsar un céntimo.

En todo caso, los pobres son los que se aprovechan de ese bienestar, y mal les sentaría el quejarse. En Lourdes están tratados como en ningún otro sitio del mundo. Nada tienen que pagar, ni en los refugios ni en las iglesias; añadamos que, ni en la Basílica, ni en la Cripta, ni en el Rosario, hay sitios reservados, reclinatorios de lujo; de modo que, aquí, reina perfecta igualdad entre el mendigo y el millonario. ¡Decidme en qué iglesia sucede otro tanto!

En cuanto á los tenderos del viejo Lourdes, tan poco interesantes me resultan como los del nuevo, y no comprendo por qué le han gustado más á Zola unos que otros. Son, en su mayoría, aves de rapiña disputándose el bolsillo de los visitantes.

¿Acaso los del antiguo Lourdes, que se im-

provisan fondistas, vendedores de rosarios y de medallas, en tiempo de peregrinaciones, no ganan fácilmente mucho dinero? ¿no despachan estatuas y cirios como los Padres? ¿se han reservado éstos la venta de tales objetos?

¡Tampoco son los Padres, supongo, quienes han inventado la abyección comercial de los confites y de las pastillas rellenos de agua de Lourdes, despechados en algunos comercios!

No, en el fondo, nadie me quitará de la cabeza que la mala voluntad que el antiguo Lourdes le tiene á sus obispos y á sus misioneros « monomaniacos de la propiedad », como los llama el endeble escritor Lasserre, obedece sobre todo á haber éstos adquirido los terrenos sitios frente á la gruta, del otro lado del Gave. Si hubiesen podido ser comprados por los habitantes del país, en ellos se habrían instalado suntuosos hoteles, con cocheras para automóviles y juergas por todo lo alto; á cierto momento, un puente habría reunido los dos ribazos; el ejército de turistas: ingleses y americanos, venidos de Pau, de Bagneres, de Argelés-Gazost, de Luchón, hubiera podido divertirse, mientras asistía, como sobre un terrado del café de los Embajadores, en París, al variado espectáculo de las procesiones, de los rezos, de las bendiciones del Santísimo, de los milagros en la fuente. Como el sitio habría sido excepcional, las cuentas no lo hubieran sido menos: ¡buena cosecha de millones!

Los Padres, al dejar en forma de prados dichos terrenos, han querido, justamente, impedir tales vergüenzas.

¡Aun cuando no hubiesen hecho otra cosa el obispo y el Padre Sempé, bastaría esto para decretar que habían merecido los plácemes de Nuestra Señora!

Zola, que se documentaba á galope, no parece, pues, haberse dado cuenta exacta de la situación íntima de Lourdes.

¿Vió más claro cuando quiso pintar un retrato de cuerpo entero de Bernadette, de la que habla con ternura, como también habló con respeto de la Virgen, á pesar de las falsas alegaciones de los diarios católicos, que pretenden que la arrastró por el lodo? No lo creo, porque la representa á la vez como un alma mística y como una irregular de la histeria.

Lo cierto es que nadie ha sido menos místico que Bernadette; y tampoco fué una irregular de la histeria.

Fué examinada, en este sentido, por no sé cuántos médicos; y ninguno de ellos pudo descubrir en ella el menor estigma de ese género de enfermedad, desde su infancia á su muerte. Hubo, pues, que acudir, para explicar las Apariciones, á declararla, sino loca, — cosa imposible, puesto que había pruebas de que no lo estaba — por lo menos atacada de trastornos mentales, alucinada.

Pero, siendo así, ¡qué alucinada tan singular, aquella muchacha que lo es justo el tiempo necesario para revelar y asegurar la obra de la Virgen, y que deja de serlo después, sin haberlo sido hasta entonces! — Por otra parte, de admitir una teoría corriente entre muchos alienistas, el alucinamiento no es sino una reminiscencia más ó menos deformada de una sensación recibida; no inventa, por consiguiente, sino que recuerda.

¿Cómo, entonces, pudo Bernadette recordar palabras que jamás oyó; cómo pudo descubrir un manantial cuya existencia le era desconocida, y cuya presencia en la gruta, ni de ella ni de nadie era sospechada; cómo, siquiera, pudo imaginar aquel tipo de Virgen nunca hasta entonces visto por ella en ningún grabado, en ninguna imagen, puesto que nadie tampoco la conocía, y que, merced á ella, se ha convertido en una ícona especial, en una figura nueva en la devoción universal; cómo, por fin, pudo poner en boca de María esa palabra de la Inmaculada Concepción, que nunca ella había oído, y cuyo sentido no comprendía?

¿Cómo explicar también, si era una alucinada, que haya ido varias veces á la gruta, persuadida de que la Virgen acudiría, siendo así que Ella no fué? De donde resulta que no dependían las Apariciones, ni del poder de su voluntad, ni de la fuerza de su convicción.

Era de temperamento linfático y nervioso, endeblucha y pequeña; á los trece años de edad, parecía tener once; su fisonomía era agradable y su estructura delicada; padecía asma: tales son sus particularidades rigurosamente exactas. Hay muchos niños de igual constitución, y no por eso son histéricos ó destartados.

Por consiguiente, los retratos de Bernadette trazados por los adversarios de lo Sobrenatural, como lo era Zola, no son parecidos; pero ¿lo son los pintados por escritores católicos, como Lasserre, por ejemplo, que la convierten en un ser angelical, en una santita de yeso, digna de ser colocada en un nicho?

Me ha parecido que para descubrir una efigie algo precisa de Bernadette era menester buscar en documentos que no son recuerdos escritos mucho tiempo después, y de memoria, como los de Estrade, los cuales pueden ser, sin mala voluntad de sus autores, inexactos; y, también, en los documentos publicados antes de que se apoderara de ella la leyenda.

He hojeado los diarios de su época, los « Anales de la Gruta », redactados por los Padres de Garaisón, que la habían seguido de cerca, consignando muy sencillamente sus propias observaciones, sin que pueda sorprenderse en ellos afán de rebajarla ó de embellecerla.

He aquí lo que encuentro en el tomo II — segundo año — con fecha de 30 de abril de 1869:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

« Bernadette era buena, dulce, sencilla, cándida; su devoción edificaba, pero no asombraba. — En aquella niña, la inteligencia carecía de flexibilidad, y la imaginación de variedad; no podía ser muy expansiva; su palabra carecía de encanto, é imposible le hubiera sido atraer á nadie á la fe en las apariciones; nadie menos que ella era capaz de producir entusiasmo; no había recibido el don de describir y de interesar; su relato era breve, incoloro, frío; eran menester repetidas preguntas para conseguir que describiera lo que había visto.

« Hablaba sin emoción; alguna que otra vez acababa por animarse, pero jamás llegaba su alegría hasta enardecerse... : era realmente insignificante.

« Mostrábase seria y atenta en sus prácticas religiosas, pero nunca se elevó su devoción á la altura que muchas personas imaginan que debió alcanzar, después de la inaudita merced de diez y ocho visiones. »

Por fin, el abate Pomian, que fué su confesor hasta el momento en que se marchó á Nevers, decía de ella :

« Nada la distinguía de los niños vulgares; no le habían dado instrucción alguna; su inteligencia, apenas si alcanzaba la medida ordinaria... »

Estos retratos no están embellecidos; tienen, por consiguiente, probabilidades de ser verídicos.

Hemos de anotar primeramente la observación de los Padres sobre su falta de imaginación; de donde puede deducirse una prueba más á favor de la realidad de sus relatos, pues muy incapaz hubiera sido de inventarlos; y, después, la poca elevación de su piedad.

« Su devoción era sincera, pero sin asomos de entusiasmo ó de elevación », decía, por su parte, la superiora general de las monjas de Nevers, cuando ya hubo tomado el hábito Bernadette. Además, la vidente misma confirma la sencillez de su devoción. A una persona que le pedía una oración especial, contestó : « El rosario es mi oración predilecta; soy demasiado ignorante para componer alguna otra. » Una de las superiores de su convento, impacientada por los ejercicios de la joven, que le parecían harto infantiles, le dijo : « Con la edad que usted tiene, debería, alguna que otra vez, ir á la capilla y meditar un poco. » Bernadette le contestó : « ¡Si no sé meditar!... »

Lejos estamos, como se ve, de la mística que nos representan. Era, pues, de un fervor poco extenso, poco desviado, incapaz, por consiguiente, de haberla trastornado y de haber determinado esos alucinamientos de que nos habla Zola.

Por otra parte, el espíritu poco inteligente, y el entendimiento borroso y limitado de aquella niña, corrobora, una vez más, esta verdad, cer-

tificada por la experiencia : que Dios sólo escoge á los más pobres y á los más humildes, cuando necesita de un intermediario para dirigirse á las masas.

Hubiera sido difícil, en efecto, descubrir en Lourdes á una familia más indigente, y, ¿hemos de decirlo? de menos buena fama que la de Bernadette, mal mirada, también ella, por causa de los suyos.

El Padre Cros, de la Compañía de Jesús, que ha podido consultar todos los archivos y enterarse de las declaraciones escritas de más de doscientos testigos, nos dice que á tal punto llegaba la miseria de la familia Soubirous, que solía carecer de pan, y que uno de los hermanillos de Bernadette desprendía con sus uñas, para comerla, la cera que caía sobre el piso de la iglesia, cuando había oficio de difuntos.

Á fines de marzo de 1857, cuando más arreciaba la miseria en aquella familia, el padre fué, aunque inocente, creó, perseguido y encarcelado en Lourdes hasta el 4 de abril siguiente, bajo inculpación de robo de harina y de leña.

Á más de la indigencia, el descrédito. Quiso Dios rebajamiento, y lo tuvo.

Tomó, pues, á la hija de aquel hombre, y la tomó tal como era : humilde y pura, dulce y buena, pero realmente « insignificante », según la expresión misma de los Padres ; no hizo ningún milagro para ella, al elevarla de repente

hasta Él. No la hizo distinta de sus compañeras, la dejó campesina en toda la acepción de la palabra. Es típico este detalle material, relatado por el Padre Cros, que, no bien salía del éxtasis, después de marcharse la Santísima Virgen, de nuevo se ponía, como de costumbre, á rascarse, bajo su pañuelo, la cabeza, que estaba llena de piojos.

Pero ¿no resulta así más humana, más verdadera que en todas esas imágenes que la representan como una pastorecita de función de magia? Lo cierto es que no se acepilló un poco hasta su entrada en el convento ; allí fué donde, por fin, se consiguió que aprendiera á leer y á escribir ; pero su inteligencia se desarrolló poquísimamente ; su devoción misma, poco se elevó ; en cambio se robustecieron las simpáticas cualidades de dulzura y de humildad de que siempre había dado muestras. La que había reflejado, cuando estaba en éxtasis, en su transformado rostro, como en un lejano espejo, las aparecidas facciones de Nuestra Señora, ya no tuvo más que un deseo : ocultar bajo un velo el recuerdo del reflejo divino ; envidió el ser olvidada, lejos del gentío. Nunca tuvo vanidad ni amor propio, ¡y Dios sabe si fué adulada « la buena virgencita », como la llamaban las campesinas ! — Suspiraba, avergonzada por aquellos homenajes : « Debo de ser algún bicho raro. » — Al oír, un día, que decían detrás de ella : « ¡Si pudiera cortar

un pedazo de su vestido! », se volvió, y, sin ira, pero contono convencido, exclamó: « ¡Qué imbéciles son ustedes! »

En el claustro, para mantenerla en la vía de la renunciación, con frecuencia la humillaron ante aquellos mismos que más la honraban, y nunca sorprendió nadie en ella una palabra de disgusto, un gesto de despecho.

Hubiera querido ser carmelita, pero no le permitía su salud seguir la implacable regla: entró en el convento de Saint-Gildard, en Nevers, que es convento de hermanas de la Caridad; allí fué enfermera muy caritativa y monja muy dócil; sus únicos defectos de poca monta: la obstinación campesina y el resentimiento prolongado, fueron borrándose poco á poco. Dios la depuraba, efectuando Él parte del trabajo que ella no podía hacer. « Ha sido más trabajada por Él que por sí misma », afirmaba el abate Febvre, capellán del convento. Lo cierto es que Bernadette era un alma deliciosamente pura cuando la desprendió el Señor del ramillete del claustro. Padebió mucho antes de morir. Los dolores la secaron; se volvió, dice la madre general, « tan delgada, que sus carnes habían quedado reducidas á poco menos que nada ».

De creer lo que dicen las religiosas que la asistieron, su cuerpo pareció revivir después de su muerte; la cara, ya tranquila, se volvió joven y amena; durante los tres días que precedieron

á la sepultura, sus miembros permanecieron flexibles, las manos conservaron el color natural, y la extremidad de los dedos no perdió su tono sonrosado. Además, no se notó ni humor, ni olor, ni señal alguna de disolución al ser inhumada en una capilla dedicada á San José, edificada en el jardín mismo del convento.

La Virgen había cumplido su palabra. — No la había hecho « feliz en este mundo », pero sin duda alguna que también habrá cumplido la otra promesa « de hacerla feliz en el otro ».

Añadamos ahora que si no quiso el Libre Pensamiento admitir las revelaciones de la hija de Soubirous, no menos desconfiada que él fué la Iglesia de Tarbes, al principio: no hay vejaciones que no haya tenido que aguantar la pobre Bernadette por parte del clero de Lourdes.

Por de pronto, el Padre Sempé, sacerdote que nada tenía de místico, no la escuchó; el obispo, hombre prudente y frío, de una devoción serena y reservada, se reía, nos revela el Padre Cros, de las pretendidas Apariciones de Nuestra Señora. En cuanto á Peyramale, que con tanto denuedo la defendió más tarde, calificaba de « carnaval de apariciones » las revelaciones de la vidente, y pedía, para quedar convencido, la asaz ininteligente prueba de un brote completo de rosal silvestre en pleno invierno.

Todos estaban en su papel, y obraban razona-

blemente al rehusar aceptar de buenas á primeras el origen celeste de las visiones. Así es cómo debió ser. Aquella suspicacia nos ha valido largas investigaciones, minuciosas rebuscas, afirmaciones y negaciones, comprobaciones de toda clase cuyos resultados fueron tan luminosos, que todos aquellos sacerdotes incrédulos se convirtieron, y que en 18 de enero de 1862, monseñor Laurence promulgó un mandamiento en el que declaraba que « las Apariciones presentaban todos los caracteres de la verdad y que los fieles podían tenerlas por ciertas ».

Y esto fué el punto de partida de las grandes peregrinaciones. La Virgen, cuya orden: « Quiero que venga aquí la gente en procesión » iba á ejecutarse, aprobó los términos de aquel mandamiento, lo sancionó, sellándolo con numerosos milagros.

XIII

Lourdes, cosa rara, estará casi vacío esta tarde; se han marchado las grandes peregrinaciones de provincia; sólo quedan los holandeses, los ingleses, algunos flamencos, y lo que aquí llaman las peregrinaciones con cestas, es decir, bandadas de campesinas venidas de las cercanías, para solazarse un rato.

Todas esas personas, reunidas, forman apenas algunos millares de seres; para Lourdes, semejante número de almas es el desierto y la calma; pero, mañana, esto recobrará su aspecto habitual. El Diario de la Gruta anuncia llegadas fantásticas de trenes salidos de todos los puntos del territorio; corta será la tregua de descanso.

La aprovecho para ir á la gruta, á fin de asistir; esta mañana, á la misa de los enfermos. Desde lejos, detrás de los barrotes de la verja